

El pozo

Borja Moya Castillo

*La llovizna después del almuerzo es
siempre amarga
Rayuela- Julio Cortázar*

Hugo recibió la llamada de Leonor un martes de noviembre, por la tarde. Le sorprendió que le llamara después de un año y medio sin saber nada de ella. Leonor se fue a Seattle a trabajar, y no fue sola. Ahora, al otro lado del teléfono, parecía otra. Su voz sonaba dulce y hablaba pausadamente, dejando largos espacios de silencio para que Hugo pudiera responder. Le habló de una llamada de un doctor el cual Hugo seguía un tratamiento para superar el cáncer. Al parecer el médico estuvo un par de días llamándole una y otra vez y, al ver que no contestaba, decidió llamar al otro número que tenía apuntado. En aquel momento ninguno de los dos sabía realmente que le estaba sucediendo a Hugo y fue en la primera visita donde el doctor apuntó los datos de uno y otro, poco antes de que Leonor se fuera sin decir nada. Ella no sabía que él estaba enfermo de cáncer, y solamente gracias a esa llamada lo supo.

¿Dónde te habías metido esos dos días? Eso es asunto mío, dijo él. Lo sé, dijo Leonor, a pesar de todo lo ocurrido he decidido ir a verte, el tiempo que haga falta, hasta que estés mejor. ¿Y él? Preguntó Hugo. No lo entiende, por supuesto. Pero es una decisión mía. Después de todo me siento un poco culpable. No sé, como si tuviera que ver algo con tu enfermedad. Pasado mañana vuelo hacia Ibiza. ¿Y dónde vas a estar? Está todo hablado, dijo Leonor, un viejo amigo nos presta una casa en San Agustín para pasar todo el fin de semana. Lo único que el domingo a las ocho de la tarde nos echan. La tenía reservada a otra pareja. Insistió en no ensuciarla demasiado.

Hugo no sabía qué contestar. Llevaba meses desde que le detectaron su cáncer y que tuvo que dejar de trabajar en ese dichoso hotel de playa, y ahora Leonor le dice que va a ir a verle, a él, y que pasarán un fin de semana solos en una casa de San Agustín. En otro momento le diría que no desde un principio, pero llevaba semanas muy solo y nadie quería hacerse cargo de él. Sus padres llevaban muertos varios años y su único hermano se había mudado a otro sitio, muy lejos de él. He pensado, siguió Leonor tras ver que transcurrían los segundos en silencio y que él no articulaba palabra, que el aire puro te ayudaría. Además, estamos cerca de aquel pozo. No sé si aún te acuerdas de él, o quizás ya lo hayas borrado de tu mente.

El viernes por la tarde Leonor llegó al aeropuerto. Cogió el coche que había reservado y fue a buscar a Hugo a su casa, que también estaba a su nombre. Se

dieron dos besos cuando él, con cara cansada y llevando una gorra verde desgastada, entró en el vehículo. Llegaron sobre las siete de la tarde. El sol rozaba las montañas y sus rayos anaranjados hacían brillar el mar. El aire soplaba tibio y desganado. La casa era de nueva construcción y estaba situada a la afueras del núcleo de San Agustín. Llegaron a través de un sendero polvoriento y mal señalizado, y que finalizaba en un ligero promontorio. Leonor bajó del coche y buscó entre los arbustos de la puerta principal. Encontró la llave que buscaba. Ella y Hugo hallaron la casa bien ordenada, aunque fresca y con un profundo olor a cerrado.

Dejaron las maletas en una habitación con cama de matrimonio, en la segunda planta. No te importa, ¿verdad? Me dijo que no había más. No tengo otra opción, dijo Hugo. Abrieron un poco la ventana para que renovara el ambiente. Luego, bajaron. Leonor fue al baño pues no había tenido tiempo de ir y hablaron de comprar algo de comida. Para cuando volvieron, el sol se estaba marchando y un tono rosáceo se trazó en el horizonte. Dejaron enfriar las cervezas en la nevera y se pusieron a hacer la cena. Leonor no tenía mucha hambre y Hugo hacía tiempo que apenas comía. Ella le hizo unos sándwiches de pollo que él agradeció. Después de comer, se sentaron en el porche. Ella fumaba un cigarro y él no quiso nada para beber. Estoy cansado, acabó por decir Hugo. Me voy a la cama. Leonor vio como al levantarse se quitaba la gorra y se frotaba su cabeza afeitada. Yo también, dijo, sin poder disimular su pena.

El sábado amaneció templado y con el cielo despejado. Se levantaron a las diez y Leonor fue la primera en ducharse. Hugo se quedó diez minutos más hasta escucharla salir del baño. Luego fueron a la cocina. Hugo tostó pan en la tostadora y ella llenó dos vasos de zumo. Desayunaron bajo el porche ya que apenas hacía frío y el sol, a lo lejos, realzaba el campanario de la iglesia. Estuvieron charlando varias horas. No he venido a hablar de mí, dijo Leonor a una pregunta de Hugo, no quiero hablar de eso. Ahora lo importante aquí eres tú. No me iré hasta que no superes tu enfermedad. Hugo vio, mientras ella hablaba, que su cigarro estaba sostenido por un anular con una marca de anillo reciente.

Descendieron al pueblo de San Agustín y dieron un paseo por la plaza. En su camino contemplaron los viñedos y percibieron el olor a sal que traía el aire. Comieron en un restaurante cerca de la iglesia. En el postre decidieron que irían al pozo a la mañana siguiente, pronto. Se harían unos bocadillos, cogerían unas cervezas y se tumbarían debajo de un árbol, como cuando empezaron a conocerse.

Hugo se sintió de nuevo cansado cuando iban a dar otro paseo en los alrededores. A veces se me olvida tu estado, dijo ella. Le pasó un brazo por el cuello de Hugo y fueron de vuelta a casa. Al llegar, se sentaron en el porche. Al cabo de una hora Hugo ya se encontraba mejor. Leonor entró en la casa y sacó dos cervezas bien frías. Hugo sonrió al verlas. A los pocos minutos, y ella fumando, fue directo al baño. Cuando salió, traía consigo una guitarra española que ninguno de los dos la vio colgada detrás de la puerta de la entrada. Toca *Oasis*, aquella que tanto solías tocar en el pozo. Mañana la podríamos cargar en el coche. Hugo afinó las cuerdas. Ella ya había terminado su cigarro y ahora veía las sombras que se cernían sobre el campanario, en aquél atardecer cálido y sin apenas brisa. Hugo empezó a tocar *Slide away*.

Había oscurecido y los dos pensaron en cenar. Los restos de pollo que sobraron del otro día los hizo Hugo a la plancha. Leonor preparó una ensalada de espinacas. Después, encendieron un rato la televisión y estuvieron viendo una película que estaba por la mitad. Habían encendido la estufa por lo que no hizo falta mantas. Leonor incluso dejó su chaqueta colgada en una de las sillas.

Antes de medianoche a Hugo le entró sueño. Leonor le siguió detrás, con los ojos medio dormidos. Subieron a la habitación. Al entrar en ella, la ventana escupía violentas ráfagas de viento. Hugo la cerró con un chasquido y antes de darse la vuelta vio el reflejo de un relámpago en la lejanía. Puede que mañana llueva, dijo. No, no digas eso, dijo Leonor, hará un día como hoy. Hugo se quitó los vaqueros y tanteó los bolsillos. Recordó que su teléfono la había apagado esa misma mañana porque le faltaba poca batería. No lo enciendas, dijo Leonor. De momento lo dejaré cargando encima de la mesita, dijo Hugo. Dejó el teléfono y se acomodó hacia un costado. Se dieron las buenas noches el uno al otro y Leonor apagó la luz de la habitación.

Hugo se quedó dormido a los pocos segundos. Leonor tardó un rato más. Escuchaba al viento azucar las tejas de la azotea y el crujir de alguna lona de un vecino que cubría su *safareig*.

A la mañana siguiente, se despertaron tarde. Hugo se levantó de la cama y bajó directamente a la cocina. Tenía hambre. Leonor escuchó la nevera cerrarse. No tenía tiempo para ducharse así que se enfundó su jersey favorito de color rojo y bajó las escaleras. Una vez allí, vio a Hugo mascullar a media voz. ¿Qué pasa? Preguntó. La tostadora, la maldita tostadora, respondió él.

Leonor se acercó a la encimera para verla mejor. No tenía nada visible, simplemente había dejado de funcionar. No te preocupes, Hugo, le dijo ella algo inquieta, ya las tostaré como sea. Espérame mientras tanto en el porche. Hugo dejó las dos rebanadas encima del plato. Salió al exterior y miró hacia arriba. Era la una y media de la tarde.

El cielo tenía el color del agua de un cubo de fregona recién terminado de limpiar un suelo polvoriento. Predominaba un gris amargo y feo. Llovía poco, pero lo suficiente como para humedecer los pinos y escampar su olor por todo el aire. Hacía frío cuando Leonor apareció en la puerta con el desayuno puesto en una bandeja. Ayer tenías razón, dijo mirando el cielo, mejor comer dentro. Hugo entró en la casa. *El pozo, el pozo*, pensaba Leonor dirigiéndose hacia el interior.

Para cuando terminaron de desayunar eran casi las tres. Ninguno de los dos habló de comer. La lluvia se intensificaba cada vez más. Podían escuchar el agua deslizarse por las tuberías, encima de ellos, como si fueran roedores moviéndose sobre las tejas. ¿Te parece que salgamos afuera un rato? Preguntó Leonor. Aquí dentro no hacemos nada, añadió después. Hugo asintió automáticamente.

Se sentaron bajo el porche, observando la lluvia caer y con el cielo más negro, tanto como si le hubieran dado otra pasada de fregona. Leonor se puso la chaqueta y

encendió un cigarro. Hugo se abrigó antes de salir. Estuvieron unos minutos en completo silencio, observando al frente, con la vista clavada en el campanario, ahora triste. Leonor apagó el cigarro, se levantó y se adentró en la casa. Segundos después volvió con la guitarra en una mano y una bolsa negra en la otra. Le entregó la guitarra a Hugo y éste sacó las manos de los bolsillos para cogerla.

No quedan más cervezas, respondió a la pregunta de Hugo, ayer se terminaron todas. Dejó la bolsa cerca de la entrada. Hugo identificó las cervezas vacías de ayer al escuchar cristales chocando entre sí, además de un ligero olor a pollo. No puedo tocar Leo, dijo Hugo cuando se sentó ella en su silla, observa. Alzó la guitarra para mostrársela. Una de las cuerdas estaba rota. El aire soplaba más fresco. El sol, aun estando oculto detrás de los nubarrones, empezaba a buscar consuelo entre los montes.

La visita al pozo está descartada, pensó ella, sola, contemplando como los charcos de barro se amontonaban a los pies del porche. Hugo había ido a la habitación a mirar no sé qué. Leonor pensó que se aburriría. Habían estado horas sin apenas hablarse, observando la lluvia caer. Ella se dedicaba a recolectar colillas en el cenicero y él a jugar con las llaves dentro del bolsillo de su chaqueta.

No sé qué ha pasado, dijo Hugo mostrando el móvil en alto, pero no se ha cargado. El cable estaba desconectado. Leonor le miraba a los ojos, pero no le prestó atención a lo que dijo después. Estaba escuchándose a sí misma. El móvil le daba igual, había centenares, miles de ellos. Era el pozo lo que más le preocupaba. Había mucho menos y la cantidad se reducía drásticamente a uno al pensar en el *Pou d'es Rafals*. Un Uno plotino, absoluto y básico, indivisible.

E imaginó que también sería igual de bonito.

Ordenaron la habitación y pusieron toda la ropa en la maleta. En cualquier momento vendría alguien a por las llaves. Hugo terminó antes y se quedó sentado en el sofá. Leonor dio un vistazo completo por toda la casa. Retiró unas pocas de migas de pan que quedaron sobre la mesa. Las cogió con una servilleta y fue a la entrada. La bolsa de color negra estaba infestada de hormigas. Ella no supo de donde provenían. Lanzó las migas al viento.

Dentro también hacía frío, y el silencio era asfixiante. Leonor se sentó sobre las rodillas de Hugo, aunque había más espacio en el sofá para ella. Primero le pasó un brazo, luego el otro. Nadie dijo nada. Se quedaron mudos, ella abrazándole y él mirando a través de la ventana que daba al porche.

Ahí vienen, dijo Hugo. Escucharon el zumbido de un automóvil acercándose por el camino. El sonido se tornó más grave y áspero. El coche se detuvo y el ruido del motor cesó segundos después. Los dos salieron y esperaron de pie, bajo el porche. El limpiaparabrisas retiraba el agua con un sonido molesto. Es verdad que al final vienen, pensó Leonor.

Descendió una mujer llevando un chubasquero con capucha. Abrió rápidamente el maletero y extrajo un cubo, una fregona y una botella de limpiasuelos. La cerró con un golpe brusco y se dirigió rápida hacia donde estaban ellos, que la observaban atentamente. Llego con el tiempo justo, lo sé, dijo, mientras se retiraba la capucha y desprendiendo un profundo olor a lejía. En media hora llegará la otra pareja. Espero que no lo hayan ensuciado mucho. ¡Maldita lluvia!

Se perdió por la puerta de entrada sin percatarse de la bolsa repleta de hormigas. Más tarde gritó. Las llaves ¿Dónde están las llaves? Hugo se adelantó a Leonor y se fue hacia dentro. Ella, por su parte, se quedó mirando su coche, que estaba parado debajo de un par de pinos, tal como lo dejaron el viernes. No lo recordaba tan gris.

De pronto su teléfono comenzó a sonar. Descolgó la llamada. ¿Señorita Leonor? Sí, contestó ella. Disculpe que le llame de nuevo, pero no logro contactar con Hugo. No se preocupe, dijo ella angustiada. Es sobre los resultados de la radioterapia, dijo el doctor aumentando cada vez más la voz, un éxito. Se curará. ¿Me oye? ¡Se curará!

Leonor escuchaba las últimas palabras del médico, resonando en su cabeza como las campanadas de la iglesia avisando ahora de la misa de las ocho. Vio salir a Hugo. ¿Ocurre algo? Preguntó.

El pozo, es el pozo, respondió Leonor entre sollozos a lo primero que le vino a la memoria. Luego, se cubrió la cara para que no le viera llorar.